

## Capítulo X

¡Tan Americano como un Gringo!

Llegué al Hospital Naval de Long Beach, un imponente nosocomio militar a orillas del Océano Pacífico. Los oficiales de rango mayor estaban en este hospital, todos vestidos en uniformes blancos con brillantes galones dorados. La Marina me entregó quinientos dólares para comprar mi uniforme. Fui al bazar “PX” de la Naval. Di mi rango y me entregaron un elegante uniforme azul oscuro con dos anchos galones dorados, y el emblema del cuerpo médico en las mangas, así como un quepis blanco con su escudo que tenía un gran águila con anclas. El uniforme era el mismo como el de los oficiales que usaban en las películas de guerra, que yo había visto en el Perú, años atrás.

Llevé mi uniforme recién comprado al BOQ (dormitorio de oficiales solteros) y probé si me quedaba bien. Mis compañeros de cuarto eran pilotos de la Naval que nunca habían tenido relaciones con esta profesión. Como era usual, acá tampoco habían mexicanos, ni morenos, sólo yo, un lunar en esta poderosa Marina. Los



*Estaba orgulloso de vestir el uniforme de la más poderosa armada del mundo.*

oficiales aviadores hablaban rudamente, fumaban demasiado, y se jactaban de sus conquistas femeninas. Yo era “el perenne joven correcto”. Me puse el uniforme y me sentí orgulloso y elegante, como cuando era cadete en el Colegio Militar Francisco Bolognesi de Arequipa, de modo que conocía esa sensación. Pero el uniforme se veía mejor en aquellos altos y mozos pilotos. Los oficiales eran cortesés conmigo, pero yo me sentía incómodo entre estos aviadores de la armada. Imitaba lo que hacían, y los seguí hacia abajo por las escaleras, al bar donde todos los oficiales estaban fumando y tomando, y nadie estaba solo, excepto yo. Me quité el quepis y me

senté en el bar, en el único asiento disponible. No recuerdo haberme sentado solo en un bar para beber, y esta no era mi intención.

El *bartender*, un veterano Naval, miró mis galones y la insignia del cuerpo médico, y no necesariamente mi cara y me preguntó en una forma cortés y de subordinación: *¿What can I serve you, sir?* No sabía qué ordenar. Solía beber algunas veces como cadete, pero era más una travesura que un hecho. Sin saber qué pedir, miré la bebida del oficial que estaba al lado mío, una bebida en un vaso alto con hielo y burbujeante agua con una tajada de limón, y para no avergonzarme, dije: "Uno de esos". Esa fue mi nueva introducción al licor, creo que fue un *Tom Collins*. Mientras lo sorbía lentamente, un piloto de mediana edad, un comandante, me palmeó en el hombro y me dijo: "Doctor, usted tiene una etiqueta de precio en la espalda de su uniforme". Me mostré un poco avergonzado y le dije a él y a los otros pilotos, que yo era un nuevo oficial en la Marina y éste era mi primer uniforme que recién lo había comprado. Esto fue un motivo para que los oficiales tuvieran una excusa y celebraran mi nueva profesión como un joven teniente en el cuerpo médico de la Naval americana. Me consideraron como su mascota. Tomé unos cuantos cocteles, nos hicimos amigos y fui aceptado una vez más. Me hacían bromas, pero con mucho respeto. Más tarde llegué a saber que un doctor en la Naval era un buen aliado para cualquier piloto.

Todavía estaba solo, mi familia estaba lejos. Estados Unidos estaba en un desorden cívico, debido a una guerra sin visos de final en el futuro. En las noticias por televisión, se veían las juventudes protestando y nadie podía negar que teníamos un gran problema en nuestras manos. Ahora yo era parte de esta nación y su conflicto. Estaba sirviendo en sus fuerzas armadas, ¡El más alto llamado del Gobierno a sus ciudadanos!

Estaba muy entusiasmado de estar en la Marina, a pesar del clima político en el país, y estaba listo para tomar parte en el espíritu del cuerpo, además la vida militar estaba en mi sangre. Al día siguiente, me presenté ante el oficial ejecutivo del hospital, de acuerdo con mis órdenes. En la puerta de la oficina del almirante, estaba parado de guardia un marino con diversas condecoraciones. Yo pensé que se trataba de un oficial de alto rango, lo saludé, pero este militar de gran estatura, ojos azules, rostro enrojado, me llevó a un lado y un poco avergonzado me dijo: “*¡Sir!*, ¡Yo soy el suboficial en jefe encargado de los marineros del hospital y usted es un oficial teniente, yo debo saludarlo a usted primero!”. Aprendí a conocer los grados de los oficiales en el hospital después de este episodio, y así poco a poco, fui aprendiendo los reglamentos de la armada.

Estaba asistiendo casos de cirugía en el hospital, mientras esperaba por mi asignación final en altamar, Vietnam, o Dios sabe dónde. Era entre los años 1967 y 1968, cuando la guerra estaba más intensa y tenía el mayor número de bajas.

En este hospital, habían doctores reclutados, tal como yo y que trataban de evitar estaciones no consideradas muy apropiadas para el desarrollo médico profesional. La bien conocida táctica de relación social, era una forma de lograrlo, la otra era, dar un aura de ser un médico con un brillante futuro en una especialidad de gran prospecto y muchos realmente lo poseían. Algunos de ellos iban a ser cirujanos plásticos o cardiorácicos y tenían posiciones aseguradas en prestigiosos centros hospitalarios. Estos obtenían los mejores puestos en los hospitales navales actuando como residentes en sus especialidades, mientras cumplían sus dos años de servicio. Pero otros médicos, que no tenían prestigiosos programas de residencia eran carne de cañón y no había nada que uno pudiera hacer.

Mucha gente joven americana evitaba el reclutamiento por todos los medios posibles, y si ellos ya estaban en el servicio, trataban en lo posible de no ir a Vietnam. Empero, la vasta mayoría de médicos, tomaba órdenes como venían. Desgraciadamente, la actitud general hacia este conflicto era diferente al de la Segunda Guerra Mundial. No había entusiasmo ni apoyo moral del país y eso hacía nuestra posición en el servicio militar dificultosa. Siendo un peruano en la Naval de este gran país, daba la impresión que esta institución necesitaba de doctores, y realmente, ¡sí, los necesitaban!

Mis órdenes llegaron y me designaron al desierto. Había estado pensando que me mandarían a los mares azules de los distantes océanos, pero en cambio, fui destacado al *Marine Corps Supply Center* en Barstow, California, una desolada y pequeña ciudad en pleno desierto, a medio camino entre San Diego y Las Vegas. Finalmente, mis órdenes eran permanentes y podía traer a mi familia del Perú y reunirme con ellos en este aislado lugar y hacer una nueva vida con los infantes de la Marina.

Profesionalmente, ése no era un lugar para un joven médico en entrenamiento, pero los marinos eran buena gente, y estimaban a sus doctores y a otros auxiliares profesionales proveídos por la Naval. Después de esta asignación fui transferido al hospital militar más grande del mundo en San Diego, donde traían los heridos de Vietnam. Trabajé por un tiempo y después fui enviado al *Marine Corps Recruit Depot* (MCRD), un cuartel grande para entrenamiento de reclutas y lugar donde se filmaron muchas películas de la Segunda Guerra Mundial. El tiempo transcurría lentamente y todos esperábamos órdenes para ser enviados a Vietnam.

En esos días casi todos los oficiales de la Marina eran de raza anglo. Estoy seguro que yo era el único oficial peruano en toda la

armada americana. Contados eran los oficiales latinos o afroamericanos con alto rango en los servicios militares.

La mayoría de oficiales antiguos y con mayor grado eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial y veían con disgusto la falta de apoyo del pueblo americano al conflicto de Vietnam. Me sentaba en la mesa con ellos y escuchaba el descontento con la insurrección de la juventud americana y sus manifestaciones. Se veían la desconfianza y el antagonismo hacia el clima político. Me hubiese sentido mejor en la Marina si la generación joven y la nación, hubiesen mostrado más entusiasmo por esta guerra, pero esta era la década de los años 1960, y *América continuamente cambia, y siempre por lo mejor.*

En el hospital Naval en San Diego fui al comedor de oficiales y observé, que los mozos eran filipinos y la mayoría morenos. Mientras caminaba en el lugar con mi blanco uniforme de la Naval americana podía percibir las miradas de los oficiales, especialmente de los de alto grado. En sus rostros se notaban dudas y preguntas, “¿Quién es este oficial con nuestro uniforme? ¿Quién será?”, *¡con mi cara peruana, seguramente que yo era un enigma!* Me senté solo a comer en una esquina admirando el elegante y concurrido comedor con todos sus cuadros y pinturas de la Naval del pasado: sus antiguos barcos de guerra y sus distinguidos almirantes. *¡Mis pensamientos iban de nuevo a las gloriosas películas de la Segunda Guerra Mundial!*

Gracias a mi buen entrenamiento en la Universidad de Saint Louis, una vez que llegaba a tener contacto con algunos incrédulos, ellos sentían que yo estaba al mismo nivel de ellos. Ahora yo sabía que tenía un sólido respaldo y ésa era *mi educación médica realizada completamente en los Estados Unidos.* Era más americanizado de lo

que la gente se imaginaba, pero las apariencias físicas están siempre presentes y a veces dificultan el intercambio. Yo no, necesariamente, estaba descontento con mi apariencia, y raras veces me sentí discriminado. La Marina no me hizo sentir jamás en esa forma. Esas eran mis solitarias conjeturas; yo nunca mostré una actitud de que era discriminado o puesto en una situación de sumisión. Al contrario, siempre me sentía confiado y digno de mí mismo, quizás para el asombro de la gente que llegaba a conocerme. *Donde quiera que yo iba, o en cualquier ocasión a través de los años y especialmente ahora, ¡yo me siento tan americano como un gringo! o como dicen en los Estados Unidos: "as american as apple pie".*

Un grupo de marineros, que yo siempre recordaré eran los "médics" o "docs" como eran conocidos por los infantes. Esta gente joven estaba a cargo de dar cuidados médicos a los heridos en combate tratando toda clase de lesiones en los campos de batalla. Ellos se mostraban siempre optimistas y ansiosos de aprender y realizar procedimientos médicos a tal punto que muchos eran tan competentes como cualquier profesional médico; especialmente aquellos que regresaban de los campos de batalla en Vietnam. Ellos podían suturar complejas laceraciones, remover tatuajes, enyesar fracturas y curar muchas dolencias relacionadas a las heridas de proyectiles. Mis noches de servicio, o mis días de guardia en el hospital, habrían sido monótonos, excepto por las preguntas continuas de los *medics* y por su sed de aprender. Estos jóvenes marinos estaban aprendiendo todos los aspectos de la Medicina, con la esperanza de proveer el mejor cuidado posible. En nuestras noches de guardia cuando no estábamos ocupados, hablábamos sobre sus problemas. Muchos estaban próximos a ir a Vietnam y expresaban su incertidumbre; empero, valientemente, ellos estaban más resig-

nados que temerosos de esta posibilidad, nunca los oí quejarse de su situación y eso era algo de admirar. De muchos de estos jóvenes *medics*, más tarde se llegaría a saber que efectivamente murieron en combate. Estos *medics* eran realmente gallardos. *¡Pienso a menudo qué ellos hubieran llegado a ser buenos doctores, si no hubieran perdido sus vidas!* A muchos también solía urgirles que estudiaran Medicina, contándoles de mi tenacidad para llegar a ser médico y cómo ellos podrían hacer lo mismo. Estoy seguro que muchos siguieron mi consejo, y sé que ellos, ahora, son los doctores más conscientes y capacitados.

Mis días en el MCRD en San Diego, eran a veces “surrealistas”. Este era un lugar donde los reclutas eran transformados en máquinas de luchar: los famosos infantes de Marina. Su entrenamiento era agotador, casi insoportable, y con la matanza en Vietnam, uno podía sentir y oler la furia de la guerra como si estuviera en los campos de batalla en esos centros de preparación militar. Acá es donde tenían que aprender a actuar con firmeza. Los instructores de maniobras eran severos con los reclutas, como parte de su trabajo. *¡No había otra forma!* Algunos marinos no aguantaban la intensa presión y a veces fingían estar enfermos, simulando síntomas para evitar algunas maniobras. Entonces, nosotros los oficiales médicos, teníamos que intervenir entre el instructor y los reclutas. Éramos árbitros que teníamos que proteger a los reclutas si había alguna razón médica; después de todo, primero éramos doctores, y nuestro propósito era ayudar al paciente afligido cualquiera que fuera su rango. Así era como se practicaba la Medicina militar, y consensualmente, llegábamos a entendernos con los instructores, porque ellos genuinamente veían por el bienestar de sus hombres. Ellos sabían cuándo un infante no era veraz, y raramente se equivo-

caban. Si no había razón médica, teníamos que hablar con los reclutas para hacerlos regresar a las tareas de entrenamiento, y eso a veces, era difícil, pero usualmente se cumplía, especialmente si se usaba rango y disciplina.

Recuerdo que estaba sentado en mi oficina leyendo una ficha médica, cuando un recluta entró para pedirme que fuera separado de este cruel entrenamiento, diciendo que él había nacido prematuro, y que pesó dos libras al nacer (lo que probablemente era verdad). Mientras lo escuchaba, sin hacer contacto visual con él, seguía leyendo la ficha médica simulando la usual indiferencia para los reclutas. Cuando terminó con su relato, levanté mi cabeza y continuaba levantándola casi hasta el techo. Frente a mí estaba un corpulento marino de más o menos doscientas libras de peso y seis pies de estatura. Al verlo, tuve que botarlo de la oficina. En casos como éste, no podíamos tener ninguna simpatía por la debilidad y actuábamos como los instructores militares, los famosos *Drill Instructors* o *DI's* y cooperar con ellos para el bien de los reclutas.

Otra vez me trajeron un grupo de reclutas, porque ellos no podían correr o mantenerse con el batallón. Después de examinarlos y encontrarlos bien, los convencí que era fácil terminar las tres millas requeridas. Habiendo dicho eso, decidí correr con ellos. ¡Qué sorpresa! Hallé que yo tampoco podía mantener el paso con el batallón. Fue así que empecé a entrenar diariamente y tomé la práctica de correr tres millas antes del almuerzo, de manera que yo podía decir, por propia experiencia, que correr las tres millas era posible para cualquiera...

La Medicina militar en esos centros era a menudo riesgosa. Teníamos epidemias y enfermedades, tales como influenza y gastroenteritis; pero ocasionalmente habían serios casos como la me-

ningitis. Si un recluta se enfermaba con esta enfermedad del sistema nervioso la noticia “estallaba” como un rayo. Los soldados llegaron a saber que los síntomas y señales de la meningitis eran dolores de cabeza e inhabilidad para mover el cuello. Al día siguiente teníamos el regimiento completo para evaluación porque todos tenían esos mismos síntomas. Era difícil, porque muchos de ellos estaban tratando de evitar las maniobras y sabían cómo imitar esos signos. Teníamos que tener un alto índice de suspicacia y poder diagnosticar correctamente para eliminar a los que fingían esta peligrosa enfermedad que eran muchos y no se podía fallar en su diagnóstico.

Una noche cuando estaba de servicio, un recluta conocido por ser problemático, vino quejándose de dolores de cabeza, como muchos otros lo habían hecho, pero él no estaba acatando órdenes y se mostraba muy beligerante, por lo que los *medics* me despertaron. Fui a verlo, molesto por la interrupción de mi sueño. Mientras bajaba a la sala de emergencia, oía una gran conmoción. Los *medics* estaban tratando de controlarlo. Al llegar a la enfermería, yo acudí a mi rango para disciplinarlo, pero él no respondía a mis enérgicas órdenes. Una vez que estuve cerca de él, me percaté que en realidad estaba muy enfermo. Lo examiné rápidamente y de inmediato le hice una punción diagnóstica de la médula espinal, lo cual no fue fácil porque el recluta era muy fornido y resistía con toda su fuerza este procedimiento.

Efectivamente, él tenía una meningitis “meningococcal” fulminante. Inmediatamente lo enviamos al hospital Naval en una ambulancia mientras recibía penicilina intravenosa. ¡Se salvó!, pero así estábamos tan cerca de una catástrofe humana en cualquier momento.

Al día siguiente, teníamos que chequear cientos de reclutas enfermos con los mismos síntomas para estar seguros de que no presentasen, o no tuvieran signos de esta terrible enfermedad. Así trabajamos con mis colegas, los tenientes Warren, Sontag, Rasmussen y otros. Para aquellos reclutas que no estaban enfermos les dábamos "bálsamo analgésico" para cualquiera de sus enfermedades.

En la suma total de mis experiencias, la Naval y la Marina infante de las fuerzas armadas americanas estas son muy prestigiosas y poderosas, y me trataron muy bien. Aunque al principio, yo pensé que perdía dos años, ahora aprecio esa experiencia. Cumplí con mis obligaciones y respondí al llamado de la nación cuando se me necesitaba. Estoy seguro que la escuela de Medicina era más recia y fácilmente podría quebrantarlo a cualquiera. Los profesores y los jefes residentes, eran más temidos y usaban mas rango que en la marina. Por supuesto, éste era mi punto de vista como oficial médico, y yo no podría hablar por los militares profesionales.

Las asignaciones iban y venían, y pronto mi tiempo de servicio fue cumplido. Fui dado de alta de la Naval, con todos los honores conferidos a los oficiales. *En función especial, la banda de la Marina tocó "Anchors Aweigh", tal como en aquellas películas de la Segunda Guerra Mundial, mientras las lágrimas me humedecían las mejillas y vidriaban mis ojos. Yo estaba acostumbrándome a la vida militar, pero el conflicto de Vietnam estaba terminando y la Naval no necesitaba más oficiales médicos.*